

La gran montaña existente en el Sinaí, formada de un granito oscuro, donde el sol apenas penetra, es uno de los fenómenos más singulares de la superficie del globo. Es la imagen perfecta de los paisajes de un mundo sin agua, como nos imaginamos la Luna o cualquier otro cuerpo celeste sin atmósfera. Caen sobre sus cimas grandes tormentas, pero éstas, beneficiosas en otros lugares, son allí terribles. Parecen un fenómeno orgánico, con un sonido metálico, un concierto en el que solamente entran los sonidos del cañón, del tambor, de la trompeta y de la campana. Severos dioses han de vivir necesariamente en sus cumbres. Aquello es el olimpo sin aguas ni bosques: las tierras de Islandia y San Mayen, pero sin sus nieves. De todo lo que forma la naturaleza (sol, nubes, agua, árboles, verdor, hombres y animales), allí sólo hay piedra, estriada por filones de metal, condensada a veces en gemas resplandecientes, pero siempre rebelde a la vida. En el Sinaí únicamente se producen cobre y turquesas, restos de una especie de vitrificación natural. Exceptuando pequeños oasis del convento de Santa Catalina, colocado fuera de lo conocido por los hebreos, la sequía es absoluta. En este mundo antihumano no hay un fruto, ni una gota de agua, ni un grano de trigo. En cambio, no hay lugar donde la luz sea tan intensa, el aire tan

1. Hay quien dice que, con estos escrúpulos históricos, es posible hasta probar que Napoleón no ha existido nunca.

En esto hay una ligera diferencia. Las primeras fuentes históricas referentes a Moisés y a Josué son posteriores a éstos en más de quinientos años. La escritura en Israel es posterior a Moisés y Josué en trescientos o cuatrocientos años. Los siglos sin escritura no engendran y no transmiten más que fábulas.

transparente, la nieve tan deslumbradora. Aterroriza el silencio de estas soledades. Una palabra pronunciada en voz baja produce ecos extraños: el viajero se siente turbado con el rumor de sus pasos. Es la montaña de los Élohim con sus contornos invisibles, sus engañosas transparencias, sus extraños cabrilleos.

En parte el Sinaí es la montaña de Egipto. Egipto propiamente dicho carece de montañas. Lo que se llama Cordillera Árábica o Líbica no es más que una apariencia. Estas alturas uniformes sólo son ribazos de un gran valle de erosión. El Sinaí es en toda la región sahárica una cosa única, un accidente aislado, un trono, un pedestal para algo divino.

Egipto, encerrado en su valle y despreocupado del aspecto del mundo, no pensó en esto, pero sí todos los nómadas cercanos a Egipto. El Horeb o Sinaí fue desde la antigüedad más remota objeto de culto religioso para los pueblos de origen hebreo o árabe que andaban por aquellos parajes, y a él se acudía en peregrinación. Los semitas de Egipto iban a ofrecer sacrificios, creyendo que allí habitaba su Dios. La montaña santa aterrorizaba a lo largo de muchas leguas a la redonda. Se la llamaba por excelencia «la montaña de los Élohim» o «la montaña de Dios». Se admitía que los élohim residían en aquellas cimas, a veces elevadas y esplendorosas, límpidas como el cristal o sombrías y envueltas en un horrible manto de vapores. Incluso en los primeros siglos de nuestra Era, las tribus del Norte de Arabia peregrinaban al Feirán o al Serbal. Sus nombres están escritos en las rocas testimoniando este culto.

El culto de las montañas es uno de los más antiguos de la raza semítica. El Tabor, el Casio, el Haurán, el Hermón y el Líbano, tuvieron sus cultos y sus dioses. El Sinaí tuvo el suyo, dueño del rayo. Las cumbres, morada de tan terribles tempestades, parecía que albergaban un dios ardiente, con pezuñas de águila o gavilán cuyo ministro era el fuego, y cuyo mensajero era el viento. El *arafel* o nube sombría era su velo, y él lo desgarraba con el relámpago. Allí habitaba un dios flamígero que siempre fue extraordinario y al que no se turbaba fácilmente en su retiro. Cuando se encontraba en los desfiladeros de su montaña con un profano trataba de matarlo, como se puede deducir del siguiente extraño episodio, cuyo verdadero sentido es difícil de entender:

«Ocurrió que yendo de camino Moisés, Jehová le atacó y quiso matarle. Y Sippora, mujer de Moisés, cogió un guijarro, cortó con éste el prepucio de su hijo y lo echó a los pies de su marido, diciéndole: "Eres para mí un esposo de sangre." Y entonces Jehová soltó a Moisés.» (Éxodo, IV). El que cruzaba el territorio de un dios, se exponía a ser atacado por éste durante la noche y no se libraba del ataque más que por medio de una expiación sangrienta.

En consecuencia, Sinaí era, principalmente, una montaña terrorífica. Ciertos lugares se consideraban tan santos, que sólo podían recorrerse descalzos. La opinión general era que no se podía ver al Dios residente sin morir. Sólo su cercanía ya mataba. El vulgo no se acercaba a él. Su rostro, concebido como hipostasis distinta de él, era una cabeza de Medusa que ningún viviente podía ver. Aquel a quien concedía la gracia de

conversar cara a cara, lo pagaba con la muerte. Contábase que un día, en Horeb, Moisés quiso ver la gloria del dios terrible. Éste lo cogió, lo colocó en el hueco de un peñasco, dejándolo de pie, lo cubrió con su ancha mano abierta y pasó. Después apartó la mano, y Moisés pudo verlo por detrás. Si le hubiera visto de frente habría muerto. Elías vio más adelante al Dios de Horeb, en condiciones similares. Ver a escondidas a aquel dios oculto era el mayor privilegio de los hombres elegidos. De muchas maneras se han explicado las impresiones de la alta montaña y el deslumbramiento de lo azul. Referíase que un día los principales israelitas subieron a la montaña y vieron a la divinidad. «A sus pies había como un enlosado de zafiro, esplendoroso como el cielo.»

El dios del Sinaí era el del rayo. Sus teofonías se verificaban entre tempestades, en medio de los fulgores del relámpago. El antiguo Jehová poseía ya quizás algunos de aquellos caracteres. Jehová se encargó de proteger a Israel y sustituyó en la imaginación del pueblo a los antiguos Élohim. Era, pues, lógico que se identificara a Jehová con el dios del territorio que se recorría y cuya terrorífica impresión se creía sentir. Egipto era extremista en el culto a las divinidades locales: cada nomo tenía sus dioses particulares. El Sinaí fue desde entonces el fundamento de toda la teología de los israelitas. Se afirmó tenazmente que Jehová se apareció allí por primera vez en forma de hoguera.

¿Verdaderamente, qué pasó al dejar la tribu el campamento de Rafidim y meterse entre los desfiladeros pedregosos del Horeb? Imposible es decirlo. ¿Hubo, efectivamente, frente al Serbal, un acto religioso, una especie de consagración del pueblo al dios de la montaña, de tal forma que desde aquel día el dios del Sinaí fuese el de Israel? ¿Aprovechó Moisés una de aquellas horribles tormentas frecuentes en el país para hacer creer en una revelación del dios rayo, que residía en las alturas?

¿El modo de enlazar la ley con el Sinaí, unos nueve siglos antes de Jesucristo, está basado en hechos reales? ¿Creció la grandiosa leyenda en los cuatro o cinco siglos siguientes, como una pompa de jabón, más brillante y coloreada cuanto más vacía está?

Únicamente son claras dos cosas. La primera es que desde la época sinaítica se empieza a creer que Jehová se aparecía en forma de visión de llama. Su traje es la nube sombría, su voz el trueno, sus rasgos las sinuosidades del rayo. En tiempo de tempestad, resbala sobre el viento, rueda sobre las nubes en carro de bronce, como un Capaneo. A veces se le atribuye un carro automático con alas. El segundo hecho, también conocido y notable, es que el Jehová de los hebreos, llegado a su formación perfecta, vive en el Sinaí, como Zeus y los dioses griegos en el Olimpo. Reside en las elevadas cumbres, sobre todo cuando pesadas nubes las cubren. Desde allí producen ruidos horribles, relámpagos, llamas ardientes, revelaciones tonantes. La imagen principal de la religión y la poesía hebraicas, será la teofanía de Jehová, apareciendo como una aurora boreal, para juzgar a la tierra. Esta aparición se presenta siempre por el Sur, por encima de Farán y Seir: su punto de par-

tida es el Sinaí. Así se dice en el cántico de Débora, en la bendición de Moisés del Deuteronomio y en los salmos de Habacuc.

Como consecuencia se convierte el Sinaí, en Olimpo de Israel, en punto de partida de las grandes apariciones luminosas de Jehová. Era natural que cuando se quiso tener una Thoraó, ley de Jehová, se le hiciese revelar desde el Sinaí o el Horeb. ¿Creyó el pueblo que oía alguna enseñanza en aquella época remota? ¿Se aprovechó Moisés de aquellas circunstancias para inculcar ciertos preceptos? Lo probable parece que el pueblo aterrorizado dejó la montaña santa y se convenció de que en aquellas cimas habitaba un dios muy poderoso. Indudablemente se hicieron sacrificios y se levantaron cipos, pero por encima de todo se recordó que el pueblo había visto en realidad al dios de la montaña santa. Aquella visión, como si fuera un relámpago, le había causado hondo terror. En el interior de su retina inflamada hubo como una aurora boreal cuya visión le obsesionó. Todas las poesías hebraicas antiguas comenzaron con esa insistente impresión. La principal imagen que dominó en la conciencia de Israel fue la visión del Sinaí.

En la época primitiva siempre se ha alojado a los dioses en las montañas, en las nieves eternas. Estas cumbres no exploradas dejaban el campo libre al misterio. Podía creerse que las musas, especie de hadas, vivían en el Parnaso, y que Zeus tenía su corte en el Olimpo, cuando las cimas de las montañas aún no se habían visitado. Pero cuando se llegó a ellas, se vio que no estaban allí los inmortales.

Jehová, como los otros dioses, habitó en la montaña más alta de la región consagrada a su culto. El Sinaí era inmejorable como montaña divina, para tribus que vagaban por el Este de Egipto, por el Norte de Arabia y por el Sur de Palestina, de vivir en la Palestina Media habrían pensado en las montañas de Haurán, cuyo aspecto volcánico es tan sorprendente. Al Norte de Palestina se habría elegido con seguridad el Hennón, cono aislado, siempre estriado de nieve y el más elevado de Siria, que parecía hecho a propósito para servir de morada a un dios regional. El hecho de que el Dios de Israel morara en el Sinaí, montaña tan apartada de la vista de Palestina, es la mejor prueba de la importancia religiosa que tuvo esta montaña para el pueblo de Israel.

Todos los videntes y los poetas defienden que la aurora de la aparición divina siempre procede del Mediodía. Si Jehová no es, como se ha supuesto, el dios propio del Sinaí, por lo menos hay que situar en el Sinaí el período intermedio en el que se convirtió en dios particular de Israel. Pesada caída fue ésta. El antiguo Eón caldeco, dueño de la vida, pasó a ser el protector de un pueblo pequeño. Pero aquel pueblo era Israel y lo que Israel adoptó fue adoptado después por la humanidad. En este aspecto, Jehová se apareció realmente en el Sinaí.

Esta adopción de Jehová que parece ya terminada en la época sináitica ¿se presenta como una conversión, como algo tan característico como luego lo fueron la construcción del templo, la reforma de

Ezequías y sobre todo la organización fanática de Josías? No debe creerse así. Una de las señales de la total nacionalización de un dios es la introducción de su nombre en los nombres propios de las personas.

Y ocurre que el de Iahvé, ni como componente inicial (Ilehr o Io) ni como final (Iah) se encuentra en los nombres propios, anteriormente a Samuel y Saúl. Es más: un gran número de israelitas en la época de los Jueces y de David, usaban nombres en los cuales entraba el componente Baal, como Jarobaal, Meribaal, Isbaal, Baaliada, etcétera. El nombre de Baal, equivalente a Adonái, pero preferido por los fenicios, sólo se consideró idolátrico a partir de los profetas de la escuela de Elías. Un amplio eclecticismo fue hasta entonces la regla religiosa de Israel. Es curioso que los nombres formados con los componentes de Milik o Baal se hallan especialmente entre la familia o el séquito de Gedeón, Saúl y David.